

NOVENTA METROS BAJO TIERRA

El traqueteo era muy fuerte, daba la impresión de ir a desarmarse todo el artilugio de un momento a otro, los motores del topo funcionaban a toda su potencia. La tripulación sabía la naturaleza de la roca plutónica que ahora perforaban, los sensores lo indicaban perfectamente, pero hacía ya mucho que no necesitaban consultarlos para conocer el material del que se trataba, los diversos sonidos, por supuesto enormemente amortiguados, y las inevitables vibraciones de todo tipo que afectaban al módulo, eran signos suficientes.

Aquel terrible barullo ceso súbitamente cuando alcanzaron el estrato superior, la costra de caliza sedimentaria se horadaba como si fuera mantequilla en comparación. Era el momento de detener la nave. Transcurrieron unos pocos pero interminables segundos hasta conseguir una aceptable tranquilidad en derredor, sólo persistieron los esporádicos crujidos del casco sometido a enorme presión y el sordo fragor de las minúsculas e intermitentes subsidencias. Cuando la calma finalmente reino, los detectores de pulsos captaron, filtraron y compararon las vibraciones que llegaban a los sensores. El ordenador tardó décimas de segundo en confirmar los ecos primitivos y situarlos en sus coordenadas espaciales exactas. El sistema de identificación disparó su pregunta cifrada... no hubo respuestas adecuadas. El panel mostró la señal verde de autorización y el navegante accionó el conmutador de avance.

El topo arranco a toda potencia en busca de la superficie. Subía con una inclinación de cuarenta y cinco grados triturando la frágil roca que se oponía a su avance. Fue cogiendo velocidad según el sedimento se iba haciendo menos compacto. Los últimos metros, correspondientes al suelo superficial de tierra, los cubrió en un santiamén y se detuvo en seco.

- ¡Superficie!- anunció el navegante.

- ¡Arriba torres!- decretó el comandante al tiempo que accionaba él mismo, el conmutador de eyección.

Los dos bloques, el de sensores y el de armas, salieron despedidos hacia el exterior sacudiendo el esfuerzo hidráulico a toda la nave. Una décima de segundo para detectar los objetivos y hacer los cálculos finales. La luz de la cabina parpadeó cinco veces, las que correspondían a las bajadas de tensión producidas por el disparo del cañón de plasma.

Y al instante, cuando aún no se había disipado el polvo que habían levantado en su violenta emersión, las torres se retrajeron en un suspiro. De nuevo la cabina y sus ocupantes acusaron la atropellada reentrada.

-¡Inmersión!- decretó el comandante.

La nave entera se estremeció al arrancar al unísono todos los motores. Los cangilones de las cintas del dorso, de la panza y laterales ya habían variado diametralmente su posición antes de que estas echaran a andar, los dos enormes tornillos sin fin que atravesaban el casco en toda su longitud, rotaron a toda velocidad en sentido inverso al que traían, desplazando ingentes masas de material de atrás hacia delante, las orugas comenzaron a moverse haciendo recular al topo a gran velocidad. La cabeza cortante y las brocas de popa apenas tenían trabajo, el terreno era pura miga al utilizar como vía de escape el mismo túnel ya excavado.

El comandante comprobó satisfecho que se alejaban de la superficie a unos seis metros por segundo, una velocidad de evasión impecable.

A noventa metros bajo tierra se ordenó hacer alto, necesitaban de nuevo el máximo silencio posible para auscultar el terreno sobre ellos en un radio de varios kilómetros. Nada, aparte del trepidar de las explosiones en los vehículos cañoneados. De momento parecían estar fuera de peligro.

Reiniciaron la marcha. Como desestimaran alcanzar mayor profundidad dada la dureza de la roca plutónica subyacente, la cabeza de popa varió el ángulo de ataque en busca de un plano horizontal, comenzó a perforar la roca caliza compacta y el articulado vehículo, ahora desplazándose marcha atrás, siguió a su módulo posterior en la nueva dirección de dragado, obteniendo con ello la horizontalidad.

Se fijó una velocidad de crucero económica y silenciosa, dentro de lo posible. Los potentes motores, desarrollando a penas un uno por ciento de su par, propulsaron la nave a tres kilómetros por hora, los mecanismos perforadores horadaban el terreno de forma relativamente sigilosa.

En la cabina de mando del topo, la tripulación se relajaba de la tensión vivida contemplando el video gravado durante su vertiginoso afloramiento al exterior.

En la gran pantalla de alta resolución y perspectiva tridimensional, podían recrear tan bien como si hubieran estado fuera, o quizás mejor, puesto que el ordenador eliminaba cualquier parásito que dificultase la visión, como el polvo levantado al emerger, el completo proceso del ataque.

El comandante y el navegante observaban jubilosos como el invisible rayo había acertado con una precisión milimétrica a cada unos de los cinco vehículos que componían el convoy enemigo, ello a pesar de que se desplazaban muy rápidamente y se encontraban a unos mil quinientos metros de distancia.

Dos de los tripulantes, los más próximos a la pantalla, exclamaron jubilosos:

- ¡Toma, pastilla de goma!

- ¡De puta madre!

Al tiempo chocaron en el aire las palmas de sus manos en un gesto de alegre complicidad.

- ¡Joderos, cabrones!

- Lástima que esos “VET,s” no van tripulados.

- No se a que tanta celebración- dijo lúgubre, desde más atrás, el ingeniero- en el tiempo que os enaltecéis han construido ellos ya diez como esos. No, sin duda mejorados.

- ¡Que caga fiestas eres! – le respondió el comandante.

- Pues yo conocí ese lugar de crío- prorrumpió el geólogo- era un bosque, como de cuentos de hadas.

- Pues ahora es un puto desierto- exclamó el navegante.

- Que se jodan, no querían el mundo entero para ellos, pues ¡toma desierto Roberto!- continuó el comandante.

- Si, desde luego sus nenes no lo van a disfrutar. Si quieren se lo enseñan en “virtual”.

- Bueno eso los ricos, porque el resto de jilipollas que les sigue, o sea el 99,9 %, y que se creen que defienden unos valores de la hostia, se tendrán que contentar con enseñar a sus críos una maceta con un puto geranio de plástico.

- Si, si, pero ellos están arriba y nosotros abajo- intervino el apocalíptico ingeniero.

- ¡Cállate ya malapata!

- ¡De lo que les sirve estar arriba!, ellos también tienen que respirar con autónomo, los subnormales.

- Pero al menos tienen horizontes, nosotros siempre estamos enlatados, aquí, en la nodriza... incluso en el "Refugio"... ¿para qué hablar?- volvió a sentenciar el fúnebre ingeniero.

- Me estás poniendo de un café...

- ¡Que tienes que decir del "Refugio", cretino!, más quisiéramos estar ahora mismo allí, hace más de cuatro meses que no lo pisamos.

- Bueno, el nuestro quizás no sea el de los mejores, ni de los más grandes, pero hay que reconocer que ciertas comodidades no faltan, y lo mejor de todo, quién no tiene allí todavía algún ser querido esperando- comentó el geólogo.

- Yo.

- No soporto a este tipo jefe, a ver si en el próximo relevo conseguimos que se cambie de topo.

- Es un mustio, de acuerdo, pero el hombre hace bien su trabajo, que es lo que cuenta- quiso el comandante dar un poco de ánimos al triste compañero-

- En fin, hay que reconocer que es un bello desierto, y las ruinas que lo salpican tienen su encanto- concluyó el geólogo.

Las alarmas se dispararon en ese momento dejando a los tripulantes mudos de sopetón. Luces intermitentes rojas indicando peligro, acompañadas de estridentes sirenas y penetrantes zumbidos. El asunto era serio...

- ¡Tenemos un "gusano" en la estela, se acerca rápido!- gritó el navegante.

- ¡Motores a plena potencia! ¡coño!, ¡coño!, ¡coño!

Las máquinas aullaron al revolucionarse.

- ¡No me gustaba nada esta profundidad de mierda, Jefe!

- Vamos a morir.

- ¡Joder, tranquilos! Activamos contramedidas y le dejamos unas cuantas "cagaditas".

- Si es de última generación se va a reír del EWE y hasta del minado.

- Pues entonces le dejaremos que se meriende el módulo de proa, ¡puto gafe!

- Vendrá otro detrás...

- ¡Cállate joder, o te mato yo antes de morir!... ¡Cenizo!

- ¡Gafe de mierda! No vuelvo con él...

- ¡Ni yo!

- Yo tampoco... Bueno, si salimos de ésta, quizás... como sacrificio...

- Padre nuestro, que estás en...